La sala que imprimía una sola letra

Shyvirelle

La primera página de prueba tenía una sola letra: e.

Noemí la sostuvo frente al ventanal de la imprenta orbital y buscó el resto de la frase. No había nada. El papel de fibra vegetal mostraba un centenar de letras e, todas con una pequeña muesca en la curva superior, como si alguien las hubiera mordido. En algunas posiciones incluso aparecían donde debía haber un espacio en blanco.

En el original decía: «Hoy abrimos una ventana para quien venga después».

La imprenta de la estación Ronda era pequeña. Cabían dos mesas, un armario de tintas, una prensa de rodillos y un banco para esperar a que se secaran las hojas. El libro que iban a imprimir contenía textos de cuarenta y dos habitantes: recetas, cuentos de viaje, registros de nacimientos, una despedida y el dibujo de una planta que nadie había conseguido cultivar en gravedad reducida. No era un libro oficial. Lo habían escrito entre todos para enviarlo en la próxima nave de abastecimiento a las familias que vivían en otros lugares.

—La tinta es buena —dijo Amina, encargada de la encuadernación, al rozar una prueba seca con la uña.

—El papel también —respondió Noemí—. La letra es la que no quiere soltarnos.

El sistema de impresión usaba tipos inteligentes: pequeñas superficies capaces de levantar un relieve distinto en cada casilla. Los sensores ajustaban la presión para compensar el movimiento lento de la estación y el desgaste de los materiales. Era una solución cómoda, hasta aquel martes, cuando una casilla decidió recordar demasiado bien el último golpe.

En la pantalla de control todas las palabras estaban correctas. Noemí volvió a revisar la composición, letra por letra. Allí seguía «ventana», con su v inicial y su a final. Sobre el papel solo había e. Cada una llevaba la misma muesca, incluidas las que ocupaban el lugar de otras letras.

Amina señaló un hueco entre palabras.

—También está aquí. Una e donde nadie escribió nada.

—Un espacio no debería recibir tinta.

Noemí acercó la prueba a la luz. Bajo la e sobrante había una hendidura de presión, más profunda que la de sus vecinas. El papel no se había manchado por accidente: algo había apoyado contra él un relieve entintado.

En la siguiente prueba dejó tres casillas aisladas. En la primera programó una e. En la segunda, un círculo. La tercera debía quedar vacía. Separó esas órdenes con espacios amplios para que no hubiera duda. La máquina imprimió tres e, con la misma muesca en el mismo borde.

—Parece que ha olvidado las formas —dijo Amina.

—No exactamente. Ha elegido una sola forma para todas.

Noemí apagó el depósito de tinta y repitió la prueba sobre una hoja limpia. Al tacto aparecieron tres depresiones en forma de e. La tinta no había causado el error; solo lo hacía visible. La orden equivocada estaba en la presión que daba forma al tipo. Encendió el depósito de nuevo y pasó un papel por la prensa sin aplicar presión: ninguna letra apareció, aunque los rodillos llevaran tinta.

—La tinta colorea —resumió Amina—. La presión deja el dibujo. Y si no hay relieve que toque el papel, el hueco sigue siendo un hueco.

—Eso debería pasar —dijo Noemí, mirando la tercera casilla marcada.

Los sensores mostraban una memoria de la última impresión correcta. La e de una prueba anterior había exigido un ajuste mayor de presión en la curva superior, donde el material se había desgastado. Al terminar el golpe, el tipo debía recuperar su forma neutra. Pero se quedaba ligeramente elevado y guardaba la figura anterior. Al girar una hoja para aprovechar su otra cara, el sistema tomaba los espacios libres como casillas pendientes de compensación. Las llenaba con aquella e antigua, idéntica en su pequeño defecto.

Noemí rotó la hoja un cuarto de vuelta, la colocó otra vez en la prensa y dejó intactas todas las casillas vacías de la composición. Aparecieron nuevas e alineadas en el espacio que rodeaba la frase. La máquina no estaba escribiendo un mensaje secreto. Confundía la ausencia de presión con una invitación a repetir la última forma que había aprendido.

Amina contempló la página como si fuera una multitud pronunciando la misma respuesta.

—¿Y si borramos las e a mano y completamos las palabras con tinta?

—El papel ya está hundido. Algunas marcas quedarían debajo de otras. Además, nadie debería tener que adivinar qué letra quiso escribir cada persona.

Quedaban catorce horas antes de que cerrara la carga de la nave. Los cuarenta y dos autores habían revisado sus textos y algunos habían discutido mucho para decidir una sola frase. Noemí no quiso pedirles que aceptaran la versión de una máquina averiada. Tampoco podía prometer una impresión perfecta en ese plazo.

Recordó el cajón inferior del armario. Allí se guardaban tipos metálicos que habían viajado con la primera expedición: letras pequeñas, pesadas, sin sensores ni memoria. Noemí los había usado una vez para imprimir etiquetas. Tomó una a y la puso en la prensa manual de emergencia. Extendió tinta sobre la superficie elevada, colocó una hoja de descarte y cerró la palanca. La a apareció ligeramente torcida, pero era una a.

Puso al lado una e, dejó después un espacio real y añadió una o. La prueba quedó así: «ae o». Al girar la hoja, el espacio continuaba blanco. El mecanismo no deducía nada: solo transfería tinta allí donde el relieve tocaba el papel.

—Podemos hacerlo —dijo Amina.

—No con la edición que habíamos planeado. Tendremos que componer despacio y reducir ejemplares. Y hacer pruebas de cada pliego.

Noemí fue a la sala común con las dos hojas: la página invadida de e y la pequeña prueba manual. No presentó el problema como una traición tecnológica. Explicó que el tipo inteligente conservaba un ajuste de presión y que la rotación de las páginas convertía los huecos en falsos lugares de impresión. Mostró la tinta sobre la superficie, la hendidura bajo la letra y el blanco intacto entre las otras dos.

Los autores eligieron por votación una edición más corta: todos conservarían un fragmento propio, y el resto se guardaría en el archivo digital hasta la siguiente salida. Nadie llamó «versión definitiva» a la reducción. Se acordó que cada persona revisaría una prueba de su propio texto antes del montaje.

Amina llevó los tipos manuales al banco. Noemí preparó las formas por páginas mientras otras manos sujetaban, clasificaban y dejaban secar los pliegos. El trabajo avanzó lentamente. Algunas letras salían más oscuras por exceso de tinta; otras pedían un pequeño ajuste de presión. Cada defecto se corregía mirando lo impreso, no confiando en una pantalla que mostrara lo que debía haberse impreso.

Una de las autoras escribió una frase especialmente breve: «Aquí falta mi casa». Noemí dejó el blanco que seguía a esas palabras tal como estaba. Amina, que había visto la hoja llena de e, preguntó si no convenía poner un signo para que nadie confundiera aquel espacio con otro fallo.

—La autora lo dejó así —respondió Noemí—. El error de la máquina no tiene derecho a corregirle el silencio.

Al final de la jornada tenían una pila de cuadernillos modestos. No había suficientes para todos los camarotes, pero sí para las familias a las que querían llegar. El libro olía a tinta reciente y sus bordes no eran perfectamente iguales. Amina cosió los ejemplares mientras Noemí buscaba la primera prueba fallida.

No la arrojó al contenedor de reciclaje. Le añadió una nota breve, revisada con los demás: «Esta página procede de una falla del tipo inteligente. Todas las letras y marcas impresas aquí resultaron de la repetición involuntaria de una e defectuosa. No forman parte de los textos de los autores». La incorporaron como última hoja, separada del relato colectivo por un pliego en blanco.

Cuando la nave partió, Noemí observó su luz alejarse por el ventanal. En el libro viajaban palabras que las personas habían escogido y una página donde podía verse lo que ninguna de ellas había querido decir. Para ella era importante que el lector supiera distinguir ambas cosas.

Antes de apagar la prensa manual, hizo una última prueba: tinta sobre una letra, presión suficiente, espacio vacío al lado. La letra apareció; el hueco permaneció blanco. Aquella vez la máquina no intentó llenarlo.